

MANUEL BELGRANO

El buen hijo de la Patria

Itatí, la cronista de ficción de los días fundamentales de la Patria, atraída por la inmensa figura del General Manuel Belgrano, decide rendirle homenaje reconstruyendo parte de su vida a través de los testimonios de distintas figuras que compartieron momentos con él o que, sin llegar a conocerlo, lo estudiaron y lo tomaron de ejemplo.

Documentos y personajes históricos conviven con la ficción, en la que se destaca una mujer que ayudó en la confección de la bandera, y esas pocas horas le bastaron para enamorarse profunda e irremediabilmente del buen hijo de la Patria.

Además, una gran intriga se asoma en estas páginas: ¿dónde está hoy ese primer paño?



ISBN 978-987-4007-32-2



9 789874 100732

JOAQUÍN DI JULIO • MARÍA LAURA CARUSO
PABLO DI JULIO

MANUEL BELGRANO

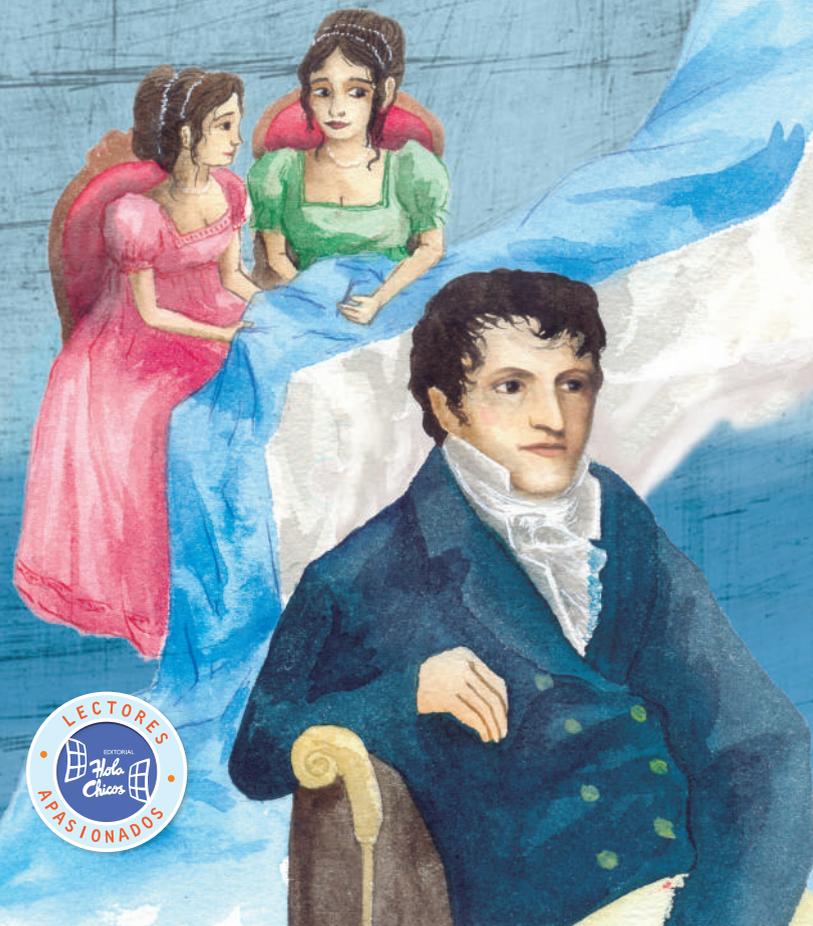


MANUEL BELGRANO

El buen hijo de la Patria



JOAQUÍN DI JULIO • MARÍA LAURA CARUSO
PABLO DI JULIO



NUESTRA
PATRIA

MANUEL BELGRANO

El buen hijo de la Patria



JOAQUÍN DI JULIO • MARÍA LAURA CARUSO

PABLO DI JULIO



EDITORIAL HOLA CHICOS

Av. Callao 1.121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.

Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998

e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

BELGRANO. EL BUEN HIJO DE LA PATRIA

Autores: Joaquín Di Julio, María Laura Caruso y Pablo Di Julio

Ilustraciones: Alejandra Santín

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-32-2

Producción gráfica de 3.000 ejemplares realizada por Printerra SRL
Enero 2018

Di Julio, Joaquín

Manuel Belgrano : el buen hijo de la Patria / Joaquín Di Julio ;
Pablo Luis Di Julio ; María Laura Caruso ; ilustrado por Alejandra
Santín. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos,
2018.

160 p. : il. ; 20 x 12 cm.

ISBN 978-987-4007-32-2

1. Novelas Históricas. I. Di Julio, Pablo Luis II. Caruso, María Laura
III. Santín, Alejandra , ilus. IV. Título.
CDD A863

© 2018 Hola Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*A Mariana Sabella Rosa,
una argentina merecedora de su bandera.*

Índice



Segundo encuentro con mi tío Pedro / 47

Encuentro con su hijo Pedro / 43

Encuentro con su hija Manuela / 33

Primer encuentro con Ignacia / 23

Primer encuentro con mi tío Pedro / 13

Prólogo de Itatí / 11

Caminos de lectura / 9

Introducción / 7



Despedida / 159

Último encuentro con Ignacia / 157

Opinión de Sarmiento / 147

Encuentro con Juana Moro / 142

Segundo encuentro con Lamadrid / 102

Primer encuentro con Lamadrid / 80

Segundo encuentro con Ignacia / 76

Sobre Joseph Redhead / 70

Encuentro con Martina Silva de Gurruchaga / 65

Introducción



Haber escrito en familia un libro sobre nuestra historia y las figuras que hicieron posible la idea de Patria, nos unió y nos hizo crecer en convicciones, conocimientos, valores y amor por la Argentina.

El trabajo de tantos meses nos dio el ejercicio de la lectura, la investigación y la creación compartida. Nos quedamos con ganas de seguir adelante, y fue el propio libro *El camino de la Patria* y nuestros encuentros y correspondencia con alumnos y docentes de distintas escuelas del país, los que nos señalaron la necesidad de profundizar sobre la figura de Manuel Belgrano.

Acordamos embarcarnos en un nuevo desafío con la misma pasión y compromiso, y llegamos a trazar esta historia a partir de la Historia, que esperamos emocione a los lectores tanto como nos pasó a nosotros al escribirla.

Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano, tal era su nombre completo, nació el 3 de junio

de 1770 en Buenos Aires. Fue hijo de Don Domingo Francisco Belgrano Peri, un próspero comerciante que manejaba el circuito comercial del Virreinato del Río de la Plata, y de Doña María Josefa González Casero, quien pertenecía a una distinguida familia, una mujer conocida por su caridad y su piedad. Su familia era numerosa, tuvo doce hermanos: Carlos José, José Gregorio, Domingo José Estanislao, Francisco, Joaquín, Miguel, Agustín, María Josefa, María del Rosario, Juana, Juana Francisca Buenaventura y María Florencia.

Nuestro héroe fue uno de los revolucionarios de Mayo, un eximio abogado, un gran estadista, un constitucionalista, un periodista comprometido, un ejemplo de funcionario público, un estudioso de la economía política, un promotor incansable de la educación pública, un militante de la educación femenina. Se convirtió en soldado para asumir el rol de general de la independencia hispanoamericana, fue el más apasionado propulsor de la agricultura, la industria y el comercio. Lo recordamos, sobre todo, como el creador de la bandera nacional... pero fue mucho más, fue un buen hijo de la Patria. ¿Cómo no honrarlo? ¿Cómo no recordarlo y mirarnos en su espejo?

Que su ejemplo de vida siga animándonos a ser mejores hijos de nuestro país.

Caminos de lectura

En estas páginas, Itatí, la hija del amigo del Gral. San Martín, se anima a profundizar en la figura del héroe que tanto la cautivó cuando se reunió con su tío Pedro, para que le hablara de él.

Podrán encontrar diversos testimonios independientes sobre diferentes aspectos de la figura. Hablarán sus amigos, sus colaboradores, sus sucesores y admiradores, sus hijos y hasta una tímida mujer, que se enamoró de él entre hilos celestes y blancos.

Ignacia, la costurera enamorada (un personaje ficticio), será quien, desde el amor, muestre un profundo conocimiento de la personalidad que pintará de color la naciente Patria.

El lector puede leer la novela completa o elegir profundizar o saltar la mirada de algún testimonio, generando su propio camino de lectura.

En esta obra también encontrarán documentación histórica, como los partes de guerra que él mismo re-

dactó, y documentación ficticia, como la carta que escribió su médico y amigo dirigida a sus hijos.

Están todos invitados a hacer su propia semblanza sobre el honorable hombre que dejó su ego de lado para trabajar incansablemente por el bien común.



Nota del editor: la documentación histórica conserva la grafía original.

Prólogo de Itatí



Algunos de ustedes tal vez ya sepan quién soy y otros aún no.

A los que sí, les agradezco que valoren mi trabajo y mis ganas de contar esos maravillosos días de la Patria.

A los que no me conocen les cuento que mi nombre es Itatí y soy hija de Joaquín, el hombre de confianza y amigo de Don José de San Martín.

Gracias a este gran héroe, yo, una mujer morena, aprendí a leer y a escribir, y en gratitud, mi padre me dictó la memoria de sus días juntos, que incluyen grandes gestas de la libertad, como el cruce de los Andes.

Cuando entrevistaba a mi tío Pedro sobre sus días junto a Belgrano, por haber colaborado este en el camino de la Patria, sentí algo especial. Estaba frente a otra vida digna de ser contada y honrada.

En cuanto terminé el compromiso que asumí con mi padre de contar su historia, decidí comprometerme con

lo que yo deseaba profundamente: reconstruir la memoria de una personalidad tan impresionante y cautivante.

Para ello, me propuse dedicarle varios atardeceres de mates junto a algunas personas que estuvieron muy cerca o que, sin conocerlo, ya lo habían estudiado suficiente como para difundir sus ideas.

Me reuní con mi tío algunas veces más, él me presentó a Ignacia, una de las mujeres que participaron de la confección de la bandera y que estaba discreta e irremediablemente enamorada de él.

También me reuní con sus hijos y con otras personalidades que colaboraron con la epopeya nacional.

Su médico personal me emocionó hasta aguar-me el alma con una carta dejada a los hijos de Manuel contándoles cómo era su padre.

Viajé a Buenos Aires, a Salta, y a Rosario para algunos encuentros y pude ver con mis propios ojos la inmensidad de una tierra que enamora por lo amplia, por lo rica, por la promesa de futuro...

Sarmiento y Mitre no compartieron el tiempo con él, pero sí las ideas. Y ese lazo en los hombres de honor es indestructible. Rescaté algunos de sus escritos sobre el héroe.

Espero que disfruten esta lectura tanto como yo lo hice al seguir el camino de los pasos del héroe.



Primer encuentro con mi tío Pedro



Cuando estaba escribiendo los recuerdos de mi padre sobre el General San Martín y me reuní con mi tío Pedro para que me contara sobre el papel de Manuel Belgrano en la gesta libertadora, me había quedado completamente admirada por la figura de ese hombre que parecía de una inteligencia y sensibilidad superiores a la del resto de los hombres, por lo que me prometí conocerlo más y rendirle homenaje.

Don Manuel Belgrano había fallecido hacía varios años, y mi tío Pedro regresó a Mendoza dos décadas más tarde, pues se había dedicado a cumplir la promesa hecha a Manuel de cuidar a su hija mientras la salud se lo permitiera.

Hacia 1840, mi tío volvió a Mendoza para pasar sus últimos años cerca de la poca familia que le quedaba.

En 1852 me reuní con él para profundizar aquella impactante historia que me había contado un par de años atrás.

Mi tío me recordó que lo había conocido en Tucumán después del encuentro de Don José y Manuel en la posta de Algarrobo. En ese encuentro, Manuel le había entregado a José el mando del Ejército del Norte, y José decidió pedirle a mi tío que se uniese a este gran hombre para apoyarlo.

Durante el verano de 1814 se habían instalado provisoriamente en Tucumán ya que al poco tiempo Belgrano acató la orden de Buenos Aires de someterse a un proceso por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma. Permaneció arrestado en Luján hasta que, debido a su grave estado de salud, le permitieron trasladarse a una quinta en San Isidro. Como durante el proceso no hubo ninguna acusación seria en su contra, le dieron el sobreseimiento de la causa.

Pedro me contó que pasó largas horas junto al lecho de Belgrano, custodiando su salud, y Manuel, cuando la fiebre, sus dolores y sus dificultades para hablar se lo permitían, o más bien, lo animaban a hacerlo, le contaba, entre sueños y vigias, lo sucedido en las batallas y cómo se sentía al respecto.

Le contó que él había puesto todo su coraje y entrega en las batallas, que no era militar, que intentaba hacerlo por la Patria. Había trazado un plan para Vilcapugio, que atacarían por tres flancos, uno a cargo del Caudillo Baltasar Cárdenas estaba integrado por la indiada, con quienes Belgrano mantenía una excelente relación. Los realistas, desde su puesto de vigilancia,

lo advirtieron y no solo diseminaron rápidamente a los indios, sino que capturaron la documentación que Cárdenas tenía sobre el plan de la batalla. De inmediato, los realistas, a cargo de Pezuela, ajustaron la estrategia y vencieron al ejército patrio. Si esos papeles... si no los hubiera escrito... si no los hubiera enviado...

Devastado de soldados y de ánimo, empezó a organizarse —en realidad se trataba de un ejército en permanente formación—, para Ayohuma. Él ya no confiaba en la moral del ejército, ni estaba tan entero para ir al frente, sable en mano, como lo había hecho años atrás. Tenía un plan; sin embargo, otra hábil maniobra de Pezuela, que lo sorprendió de nuevo, lo obligó a cambiar de frente. El tiempo no le permitió modificar la estrategia y fue vencido: la resistencia fue buena aunque la derrota fue contundente. Ni aún el informe de Pezuela que enaltecía la defensa lograba atenuar la humillación que sentía Belgrano y que algunos desde Buenos Aires le hacían sentir más fuertemente todavía.

En esa época, sus pesares por no haber podido dar por la Patria lo que deseaba y sus desencuentros con María Josefa Ezcurra habían hecho estragos en su ánimo. Ningún hombre de tanto honor debiera sentirse así.

Pedro me contó que algunas lunas cuando Manuel se sentía especialmente nostálgico, le hablaba sobre su historia con María Josefa. Se habían conocido en el

año 1802, cuando María acompañaba a su padre al consulado. La joven de 17 años había quedado enamorada, muy enamorada, del abogado de 32. Su amor fue secreto, se veían a escondidas de la familia, y ella tuvo la valentía de seguirlo en la mayoría de las luchas libertadoras.

Todos hablaban de la galantería del General, era un hombre muy caballero y bien parecido, que enamoraba a las mujeres del mismo modo que él se enamoraba de ellas, pero muchos amores se conocieron con el tiempo, porque, sobre todo, era un caballero discreto.

Algunos hombres celosos aprovechaban su baja estatura, su paso corto, su voz algo aflautada y sus modales para hablar sobre su virilidad, pero no había hombre más hombre que él, le pesara lo que le pesara a sus rivales. Las características mencionadas, junto a su típico pantalón verde, le valieron el apodo burlón de “General cotorrita”. Nada hacía mella en su honra, las palabras insultantes hablan más de quien las profiere.

María Josefa era un amor con el cual Belgrano quería comprometerse, pero el destino no les era favorable. El padre de la joven decidió casarla con un primo español, Juan Esteban, quien duró muy poco en estas tierras, pues no le agradaban las revoluciones, y América estaba en plena ebullición. No tan caballero ni honorable, partió abandonando a su esposa, para

volver a su afable vida europea. El amor pudo dejar de ser clandestino, aunque no bendecido, entre Manuel y Josefa, y duró cuanto lo hizo la voluntad de ella de seguirlo en sus compromisos militares. Esto fue hasta finalizar la batalla de Salta.

En una noche de delirio por su fiebre, junto a su amigo, el doctor Redhead, lo escucharon hablar de que había llegado a sus oídos la noticia del nacimiento de un hijo fruto de este amor. Nunca habló en estado de vigilia de este asunto. Con su médico tampoco lo mencionaron hasta muchos años después, cuando el General ya había partido para siempre.

Me encantó conocer este costado romántico de un héroe y le pedí a mi tío que me contase si había alguna otra gran historia de amor, y me dijo que había dos más conocidas y un amor secreto, del que creía que Manuel apenas había tenido una discreta noticia, pero era el más puro de todos.

Uno de los romances públicos fue con una mujer muy provocativa en sus formas y vestimenta, una francesa llamada Isabel Pichegru, que no habría tenido gran significado para el General pues estar con ella no le impidió conocer y enamorarse perdidamente de Dolores Helguero.

Parecía no ser el destino de este héroe un amor tranquilo y formal con quien compartir sus logros y derrotas. Y Manuel necesitaba de ese amor. En las derrotas se sentía miserable, y las victorias se convertían

en vacío al llegar a un hogar solitario, que solo llenaban personas de ayuda y amigos, pero no era suficiente. Poder tomar la mano de alguien lo haría diferente...

La mano que quería sostener libremente era la de Dolores. Él le había dado su promesa de matrimonio y realmente ansiaba formar con ella una familia. Pero las batallas de la Campaña del Norte lo alejaban de concretarlo. Dolores estaba embarazada y cuando Belgrano pudo regresar por fin para casarse, la historia se repetía tristemente, su padre ya la había casado con un tal Rivas. No había manera de consolar a ese gran hombre. Manuel sufría tanto por él como por Dolores, quien por esas ironías del destino, había sufrido la misma suerte que María Josefa, al ser abandonada por su esposo (tal vez ambos maridos sabían que el corazón de sus mujeres tenía un dueño más fuerte que cualquier papel). Manuel insistía en averiguar el paradero de Rivas, para ver si tenía la noticia de su muerte y podía casarse por fin, pero esa noticia nunca llegó. Dolores, devastada por el dolor y la desesperación, abandonó Tucumán y se fue a vivir a Catamarca.

De ese amor nació Manuela Mónica del Corazón de Jesús Belgrano, de quien sí Belgrano tuvo noticias ciertas y a quien pudo conocer y amar. La llamaba “palomita” y ni un instante se olvidó de ella. En su testamento, encomendó su crianza a su hermana Juana, y su instrucción y formación espiritual, a su hermano sacerdote. Días antes de morir, le pidió a su mé-

dico que hiciera algo para que Manuela lo conozca y ame tanto como él a ella, y a mi tío Pedro, que no se fuera de su lado hasta que la pequeña fuera una joven fuerte y formada.

Pedro me comentó que Redhead le dijo, antes de separarse tras la muerte de Don Manuel, que él mantendría viva la memoria de su amigo en sus hijos, y habló de “sus hijos”, por lo que creemos que el médico sabía algo más que mi tío.

Lamentablemente, no puedo entrevistar a su amigo médico pues falleció hace algunos años.

Antes de despedirnos, mi tío, que no ahorra palabras al describir la grandeza de su señor, me aconsejó reunirme con Ignacia, ese otro amor puro y secreto, que ni el mismo Belgrano conoció a tiempo.

Pedro supo de su existencia, y Belgrano reparó en ella en una visita de su muy amigo Vicente, hermano de María Catalina Echeverría, la mujer que se puso a cargo de la confección de la bandera creada por Don Manuel. Le entregó una flor de ceibo seca y una carta, donde Ignacia, de puño y letra de María Catalina, le decía a Don Manuel:

Mi buen y amado señor:

He recibido por amigos la triste noticia de sus penas y dolencias. Nunca podrá saber usted cuánto me duelen, tanto más que a usted mismo. Cuánto desearía que esos pesares fueran míos.